



LA NIÑA AURORA

LA niña Aurora había estrenado pechito justamente aquella primavera. Tenía un pechito nuevo y ella estaba contenta con el recién aparecido: se lo miraba y se decía que qué bien tener un pechito. La niña Aurora se lanzó al verano con aquella alegría y con la otra de haber sacado en el colegio notas aceptables.

Aquel verano tuvo la niña Aurora un novio. Tenía que ser. ¡Un pechito y un novio, qué alegría! Iban los dos al río y al puesto de horchata. El novio había acabado primero de Filosofía. Señor, qué hermosura. A mediados de julio, Aurora se había acostumbrado a su condición, y el buen novio no sospechaba que ella era una niña (y ella, cuidadosa, lo ocultaba). Se acababa julio y era una gloria.

Se acababa julio. Atardecía. Había querido la niña Aurora descansar en un banco. El novio se levantó la camisa de cuadros. Dijo: «Mira». La niña Aurora sintió por dentro que había llegado el desconocido instante que tenía que llegar. Miró despacio. Vio un costurón violáceo en la espalda del novio. «Tenía que decírtelo, Aurorita. A mí en invierno me pasa esto». Aurora dio un grito. El novio se bajó la camisa de cuadros. «Ya tendré costurones todos los inviernos».

Fue aquel verano cuando Aurora se hizo mayor. Dicen que cuentan que la vieron mucho más tarde correr por las calles, gritar por las calles, aplaudir por las calles. La leyenda cree saber que un día —había llovido poco antes, y el asfalto tenía ese brillo tan especial, y barro— Aurora le encontró en el momento en que la violencia vuelve, cuando quieres quedarte donde estás y no te dejan. Pretende la leyenda que él gritó:

—¡Aurora, hola!

Y que ella respondió:

—Hola, guapo, menudo follón. Nos vemos luego.

Y que luego no consiguieron encontrarse. ■ RECOLETOS.

